

Pensar a pesar del canto de las cigarras Thinking despite the song of the cicadas

Héctor Inzaurrealde
hector.inzaurrealde@ucu.edu.uy
Universidad Católica del Uruguay
ORCID ID 0009-0007-3420-3067

Resumen: Pensar, en la era de las máquinas, se ha vuelto un acto de resistencia. El presente artículo examina la crisis del pensamiento filosófico en el contexto tecnocrático contemporáneo y su impacto en la educación, la ética y la vida política. A partir de una lectura cruzada del Fedro de Platón —particularmente el mito del canto de las cigarras y la crítica socrática a la escritura—, de las reflexiones de Miguel Pastorino en *Pensar en la era de las máquinas* (2025), y del análisis de Fabio Morandín sobre John Searle y el “cuarto chino”, se propone una reflexión sobre la necesidad de recuperar el pensamiento como praxis emancipadora frente a la automatización de la conciencia. En tiempos de inteligencia artificial y de imperio de los datos, la filosofía se revela como una forma de insurrección cognitiva: un modo de salvaguardar la dignidad humana mediante el juicio, la lentitud y la profundidad. Lejos de ser un lujo académico, pensar se convierte en el núcleo ético-político de la libertad. El texto sostiene que la educación filosófica es hoy una responsabilidad pública, llamada a restaurar la capacidad de discernimiento, el diálogo y la búsqueda de sentido, pilares de toda democracia viva.

Palabras clave: Pensamiento; inteligencia artificial; técnica; educación; filosofía política.

Abstract: Thinking, in the age of machines, has become an act of resistance. This article examines the crisis of philosophical thought within today's technocratic context and its impact on education, ethics, and political life. Drawing on Plato's *Phaedrus*—particularly the myth of the singing cicadas and Socrates' critique of writing—together with Miguel Pastorino's *Pensar en la era de las máquinas* (2025) and Fabio Morandín's analysis of John Searle's "Chinese Room," the paper argues for the need to recover thinking as an emancipatory praxis in the face of the automation of consciousness. In a time dominated by artificial intelligence and the empire of data, philosophy emerges as a form of cognitive insurrection: a way of safeguarding human dignity through judgment, slowness, and depth. Far from being an academic luxury, thinking becomes the ethical and political core of freedom. The text maintains that philosophical education is now a public responsibility aimed at restoring discernment, dialogue, and the search for meaning—foundations of any living democracy.

Keywords: Thinking; artificial intelligence; technology; education; political philosophy.

Introducción

Vivimos tiempos paradójicos. Nunca la humanidad dispuso de tantos datos ni de tantas herramientas cognitivas, pero pocas veces ejerció tan poco el pensamiento crítico. El desarrollo de la inteligencia artificial y la cultura tecnocrática han instalado un nuevo paradigma epistémico: el del cálculo como medida de lo real. Pastorino (2025) advierte que “la creciente falta de pensamiento reside en un proceso que consume la médula misma del hombre contemporáneo: su huida ante el pensar” (p. 4). El sujeto moderno, cautivado por la inmediatez, confunde la velocidad con la comprensión, el procesamiento con el juicio, y la información con la sabiduría.

Pensar, en este escenario, se ha vuelto una forma de disidencia. En medio del ruido global de pantallas, métricas y flujos digitales, pensar significa detenerse. Significa, como Sócrates frente a Fedro, resistir el canto seductor

de las cigarras que invitan al sueño intelectual. El mito, relatado en el *Fedro*, muestra a unos hombres que, fascinados por el canto, olvidaron alimentarse y murieron; transformados en cigarras, dedican su existencia a cantar sin cesar. Sócrates advierte a Fedro que no debe dejarse arrullar por su melodía, pues las cigarras representan el peligro del pensamiento superficial, de la palabra vacía que reemplaza la verdad por el placer de oírse hablar.

Este mito es hoy una metáfora política. El “canto” del que habla Platón encuentra su eco contemporáneo en la fascinación por las tecnologías de la información. La humanidad, embelesada por la promesa del control total de los datos y por la inmediatez de las respuestas automáticas, corre el riesgo de adormecer su conciencia crítica. Pensar a pesar del canto de las cigarras es, entonces, un acto de resistencia frente al hechizo tecnocrático: un llamado a mantener despierta la razón cuando todo conspira para anestésicarla.

En este sentido, la introducción delimita ya una tesis fundamental: no se trata de rechazar la técnica en bloque, sino de advertir que su contexto cultural puede favorecer el pensamiento superficial si no hay un ejercicio consciente de vigilancia intelectual. Es justamente esta tensión —entre fascinación tecnológica y responsabilidad reflexiva— la que guiará el desarrollo del artículo.

El canto de las cigarras y el riesgo del sueño intelectual

Platón ubica en el *Fedro* una de las primeras críticas filosóficas a la técnica: la desconfianza hacia la escritura como sustituto del pensamiento vivo. Sócrates le dice a Fedro que la escritura “parece dotada de inteligencia, pero si se le pregunta algo, guarda silencio” (*Fedro*, 275d). La escritura no puede defenderse ni explicar, y quien confía en ella “dejará de ejercitar su memoria y se volverá olvidadizo” (*Fedro*, 275a).

Salina (2024) advierte que el filósofo griego no condena la escritura, sino su uso acrítico. Lo que teme es el desplazamiento del logos vivo —el diálogo del alma consigo misma— por una técnica que simula pensamiento sin comprender. Este es, también, el dilema contemporáneo de la inteligencia

artificial: “una memoria sin interioridad, un lenguaje sin sujeto” (Salina, 2024, p. 15).

Derrida reinterpreta esta tensión con el término *pharmakon*: la técnica es remedio y veneno a la vez. Puede conservar la memoria, pero también anular su ejercicio. En la IA, esa ambivalencia se radicaliza: su potencia para ampliar la cognición humana convive con la tentación de reemplazarla. En palabras de Pastorino (2025), “la inteligencia artificial promete liberarnos del esfuerzo de pensar, pero corre el riesgo de liberarnos del pensamiento mismo” (p. 7).

El mito de las cigarras encarna, así, la advertencia sobre el placer del conocimiento sin esfuerzo. Las cigarras fueron, según Platón, humanos que se olvidaron de vivir mientras cantaban; los hombres contemporáneos, encantados por el ruido digital, corren el riesgo de olvidarse de pensar mientras opinan.

Desde un punto de vista político, el canto de las cigarras representa el consenso del entretenimiento: un pueblo adormecido por el flujo incesante de información. La tarea del filósofo, como Sócrates, es mantener la vigilia y devolver a la palabra su carácter de búsqueda.

El pensamiento, diría Adela Cortina (2013), “no consiste en repetir ideas, sino en alumbrar razones para la acción moral” (p. 45). Pensar no es un acto contemplativo de evasión, sino una forma activa de responsabilidad frente al otro. Dejarse arrullar por el canto de las máquinas es abdicar de esa responsabilidad.

Por tanto, el riesgo no está en la tecnología misma, sino en la reducción del pensamiento a mera repetición o consumo informacional. Las cigarras simbolizan una actitud humana: la preferencia por el sonido sobre el sentido, por la inmediatez sobre la comprensión. Por eso, pensar implica un esfuerzo deliberado de atención y diálogo, es decir, una práctica que no puede quedar sustituida por ningún dispositivo técnico.

El imperio de los datos y la pérdida del juicio reflexivo

Pastorino (2025) profundiza la crítica heideggeriana al dominio de la técnica: “la tecnocracia no es solo un sistema de gestión, es una ideología del control que sustituye el juicio por el cálculo” (p. 18). En la lógica tecnocrática, la realidad se convierte en dato, el conocimiento en rendimiento, y la verdad en eficiencia.

Heidegger (1954/1994) había anticipado este fenómeno al hablar del Gestell —el “enmarcamiento”—: “La esencia de la técnica no es nada técnico. El peligro supremo es que el hombre sea tomado como fondo disponible, como recurso” (p. 23).

Para el pensador alemán, la técnica moderna no es una herramienta neutral, sino una forma de revelar el mundo que transforma todo en objeto útil, incluso al ser humano. Pastorino retoma esta advertencia para describir cómo la inteligencia artificial intensifica el proceso: “El hombre, que creía dominar la técnica, descubre que es ella quien lo domina, modelando su modo de pensar y de vivir” (2025, p. 20).

La pérdida del sentido se produce cuando el Gestell sustituye la experiencia del ser por la gestión de lo disponible. La educación, la política y la cultura se orientan al rendimiento, mientras el alma —como diría Platón— olvida mirar hacia el bien.

Heidegger ofrece, sin embargo, un horizonte alternativo en su concepto de Gelassenheit (serenidad): “Nos vemos entregados a la técnica cuando la consideramos algo neutral, porque esta idea nos ciega frente a su esencia” (Heidegger, 1954, p. 7).

Pastorino interpreta este llamado a la serenidad no como pasividad, sino como actitud crítica: “serenidad no es desconexión del mundo técnico, sino libertad frente a su hechizo” (2025, p. 45). Recuperar la serenidad implica reaprender a usar la técnica sin pertenecerle, discerniendo su sentido humano. Byung-Chul Han (2013) coincide en que la hipertransparencia digital elimina la distancia necesaria para el pensamiento: “la sociedad de la información no

permite el secreto, y sin secreto no hay pensamiento profundo” (p. 33). En un mundo sin silencio, el pensamiento deviene cálculo.

La filosofía, por tanto, debe enseñar a habitar la técnica sin reducirse a ella. Su función política consiste en recordar que no todo lo medible es valioso, ni todo lo eficiente es bueno. En palabras de Nussbaum (2010), “las democracias necesitan de las humanidades porque sin juicio no hay libertad” (p. 27).

En conclusión, no puede sostenerse que toda cultura contemporánea esté dominada por la tecnocracia, pero sí que existe una tendencia estructural hacia la cuantificación y la eficiencia que puede debilitar el juicio reflexivo si no se contrarresta con prácticas deliberadas de pensamiento crítico. Por eso, el desafío no es eliminar la técnica, sino formar ciudadanos capaces de situarla dentro de un horizonte humano de sentido.

Pensar no es procesar información: Searle y el “cuarto chino”

La reflexión de Searle, reinterpretada por Morandín (2023), muestra que el procesamiento de información no equivale a comprensión. En el experimento del “cuarto chino”, una persona que no entiende el idioma sigue un conjunto de reglas que le permite responder correctamente en chino, sin entender el sentido de las palabras. “Searle argumenta que la máquina no piensa; sólo sigue reglas formales. Puede simular comprensión, pero no entender” (Morandín, 2023, p. 195).

Esta distinción entre sintaxis y semántica —entre manipular signos y comprender su significado— es fundamental para delimitar el lugar del pensamiento humano. Las máquinas pueden producir frases, pero no significado; pueden organizar información, pero no habitar el mundo que esa información describe. Heidegger (1955) lo expresó de modo más radical: la esencia de la técnica no reside en su utilidad, sino en su capacidad de revelar el mundo. En la medida en que el hombre olvida esa revelación, se convierte él mismo en objeto técnico.

Morandín (2023) añade que incluso los sistemas de inteligencia artificial más avanzados “no tienen una comprensión original de su existencia o su ser en el mundo” (p. 195). No hay en ellos autoconciencia ni intención. Desde una perspectiva heideggeriana, carecen de Dasein: no son entes que se comprendan a sí mismos.

El riesgo político surge cuando el ser humano imita esa condición. Cuando el ciudadano deja de pensar, cuando repite fórmulas, cuando acepta sin juicio los discursos producidos por la máquina, se convierte él mismo en un sistema sintáctico. El problema no es que la IA carezca de conciencia, sino que nosotros abandonemos la nuestra.

Desde esta óptica, el “cuarto chino” se convierte en una alegoría social. Vivimos encerrados en un sistema de signos que interpretamos sin comprender, guiados por algoritmos que nos devuelven nuestras propias palabras. El pensamiento humano, por el contrario, no es un algoritmo sino una apertura al sentido. Penrose (1994) y Chalmers (1996) sostienen que la conciencia humana no se reduce a un sistema computacional, pues involucra una experiencia subjetiva irreducible: el *qualia*, el “cómo se siente ser”.

Pastorino (2025) retoma esta distinción: “El pensamiento auténtico no es procesamiento lógico, sino experiencia de sentido; no calcula, comprende” (p. 25). Lo que está en juego no es la capacidad operativa de la IA, sino la reducción del hombre a una máquina entre máquinas. El pensamiento crítico consiste en romper esa clausura, en recuperar la capacidad de interpretar.

Morandín (2023) sugiere que la cuestión no es si las máquinas pueden ser conscientes, sino “qué significa ser en el mundo” (p. 194). Pensar, en su sentido más pleno, es habitar el mundo de manera reflexiva, no funcional. La filosofía, por tanto, no compite con la técnica: la interroga. En lugar de imitar la eficiencia de las máquinas, debe enseñar a vivir humanamente en un mundo técnico. Pensar, entonces, no es una función biológica, sino un acto ético. Implica responder: no ante una base de datos, sino ante el rostro del otro.

Por lo anteriormente dicho es que, afirmo que la amenaza no consiste en que la IA produzca información, sino en que los seres humanos abandonen la tarea de comprender. La filosofía aparece, así, como un ejercicio indispensable de interpretación, juicio y responsabilidad. Pensar es lo que permite evitar que la vida pública derive en mera repetición automática de discursos prefabricados y en manipulaciones algorítmicas.

Ética, educación y resistencia del pensamiento

Si la técnica tiende a automatizar, la educación debe humanizar. Pastorino (2025) sostiene que “la filosofía no se estudia para tener una opinión, sino para poder distinguir entre lo opinable y lo fundamental” (p. 29). Esa distinción es la base del juicio ético y político. Educar filosóficamente significa formar personas capaces de pensar con rigor y libertad, de sostener el disenso y de resistir la simplificación.

La educación contemporánea enfrenta el riesgo de convertirse en mera capacitación técnica. Las políticas educativas, presionadas por los indicadores de desempeño, promueven competencias medibles, pero descuidan la formación del juicio. En este sentido, Pastorino denuncia “una educación que deja de pensarse a sí misma desde una perspectiva sapiencial” (p. 18). La crisis actual de la educación, subordinada a indicadores de rendimiento, refleja el triunfo de la racionalidad instrumental. Paulo Freire (1970/2005) denunció esa tendencia como una “educación bancaria”, donde el conocimiento se deposita en el alumno sin diálogo. Frente a ella, propuso una pedagogía de la palabra: “nadie educa a nadie, nadie se educa solo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo” (p. 81).

La filosofía puede devolver a la educación su vocación de humanidad. En términos éticos, pensar es cuidar: cuidar del sentido, de la verdad y de la existencia del otro. Ortega y Gasset (2014) advertía contra “la barbarie del especialismo” (p. 192), donde el saber se fragmenta y pierde horizonte. El filósofo, en cambio, busca la totalidad; la escuela filosófica no enseña respuestas, sino preguntas. Preguntas, que suscitan la ruptura con el canto romántico de las sirenas e impulsan una actitud crítica y autónoma, frente a la ansiada verdad.

En este punto, la convergencia entre Platón y Pastorino resulta fecunda. El primero enseñaba que el conocimiento sin virtud es peligroso; el segundo, que la técnica sin reflexión es ciega. Ambos coinciden en que la educación no consiste en acumular información, sino en orientar la mirada hacia el bien. Adela Cortina (2022) subraya que “la ética no puede ser reemplazada por algoritmos, porque exige deliberar sobre fines, no solo calcular medios” (p. 67). Enseñar a pensar éticamente implica enseñar a deliberar.

Nussbaum (2010) y Ordine (2013) coinciden en que las Humanidades son el corazón de una ciudadanía libre. Ordine recordaba que “la utilidad de lo inútil” reside en aquello que no se mide, pero nos humaniza: la poesía, la filosofía, la contemplación. Pastorino (2025) denomina a esta tarea “resistencia sapiencial”: la defensa del pensamiento lento frente a la prisa técnica.

Desde la perspectiva política, la educación filosófica es una forma de resistencia cultural. Frente a la homogeneización del pensamiento impuesta por los algoritmos, educar para el juicio significa preservar la diversidad de la razón. Como sostiene Pastorino, “en tiempos de sedentarismo cognitivo, la filosofía es gimnasia del espíritu” (p. 48). Pensar, entonces, es un ejercicio: un entrenamiento en libertad.

La filosofía no forma consumidores de verdades, sino productores de sentido. Por eso, su papel en la educación no es accesorio, sino fundacional. Si la escuela del futuro no enseña a pensar, se convertirá en un laboratorio de obediencia digital.

La educación filosófica no es únicamente un campo académico, sino un dispositivo público que fortalece la autonomía ciudadana. En un contexto donde la opinión instantánea parece sustituir al juicio fundamentado, la enseñanza del pensamiento crítico se vuelve una herramienta imprescindible para sostener sociedades democráticas capaces de deliberar y no solo de reaccionar.

Conclusiones

Pensar es un acto político. En una sociedad dominada por la automatización, mantener viva la reflexión es ejercer resistencia frente al conformismo. Pastorino (2025) lo formula con claridad: “La filosofía es el único antídoto contra la banalidad del mal y la automatización de la conciencia” (p. 48).

El mal, en clave arendtiana, surge de la ausencia de pensamiento. No es producto del odio, sino de la inercia. El sedentarismo cognitivo que denuncia Pastorino es el mismo que Arendt (2005) atribuye a Eichmann: la incapacidad de pensar desde la perspectiva del otro. Este vínculo se vuelve más explícito en Eichmann en Jerusalén (Arendt, 1963/2003), donde la autora desarrolla la noción de “banalidad del mal” para mostrar que las acciones de Eichmann no provinieron de un odio fanático, sino de una ausencia radical de pensamiento crítico y juicio moral. En este sentido, la tesis arendtiana refuerza la idea de que la desactivación del pensamiento puede habilitar formas de obediencia ciega y burocrática, con consecuencias devastadoras para la vida pública.

El pensamiento filosófico, en cambio, interrumpe la automatización. Donde la técnica ordena, el pensamiento interroga; donde los algoritmos predicen, el juicio evalúa. Esta es la dimensión política del pensar: su capacidad de abrir espacio para la libertad.

El mito de las cigarras recobra, entonces, toda su fuerza simbólica. Pensar “a pesar de su canto” es mantener la vigilia frente a los encantos de la inmediatez y del rendimiento. El filósofo, como Ulises, debe atarse al mástil del diálogo para no sucumbir al canto de las sirenas tecnológicas.

En la era de las máquinas, la filosofía no es un residuo del pasado, sino una anticipación del futuro. Allí donde los datos gobiernan, la filosofía recuerda la primacía del sentido; donde el mundo se mide en algoritmos, el pensamiento restaura el lenguaje del alma.

Educar para pensar es, por tanto, el acto político más radical. Supone defender la autonomía del espíritu frente a la programación de la mente.

Significa enseñar que el pensamiento no se delega ni se terceriza. Que pensar, en su raíz más honda, es cuidar de lo humano.

El pensamiento filosófico es, en última instancia, una forma de libertad. Pastorino (2025) recoge de Heidegger la noción de *Gelassenheit* — la serenidad como actitud crítica frente a la técnica— y la redefine como un “estado de atención lúcida” (p. 47). Serenidad no es desconexión, sino discernimiento; no es nostalgia del pasado, sino claridad ante el presente.

Heidegger (1955) advirtió: “Estamos más a merced de la técnica cuando la consideramos algo neutral, porque esta idea nos ciega frente a su esencia” (p. 7). El pensador no llama a rechazar la técnica, sino a humanizarla, a comprender que su poder no radica en la eficiencia, sino en su capacidad de moldear nuestra relación con el ser.

Pensar a pesar del canto de las cigarras es pensar sin adormecerse ante el ruido del progreso. Es mantener viva la llama del diálogo en medio del zumbido de las máquinas.

En primer lugar, “pensar a pesar del canto de las cigarras” significa mantener la vigilia interior frente a la distracción seductora del mundo contemporáneo. Así como en el *Fedro* (258c-259d) las cigarras encarnan la tentación de perder la conciencia del vivir mientras se oye su canto, hoy simbolizan la fascinación por la rapidez, la reacción inmediata y la superficialidad informacional. Pensar implica interrumpir ese automatismo, ejercitar la demora y sostener la pregunta cuando todo invita a la respuesta instantánea. En este sentido, pensar no es un acto espontáneo, sino una práctica deliberada y esforzada.

En segundo lugar, la posición que este artículo defiende es que el pensamiento filosófico constituye una práctica emancipadora frente a la automatización de la conciencia. No se trata de oponer técnica y humanidad como realidades incompatibles, sino de afirmar que el pensamiento —como juicio, interpretación y responsabilidad— no puede ser delegado a ningún dispositivo. La filosofía preserva la libertad porque impide que la conciencia se vuelva pasiva o programada. En un mundo donde la técnica ofrece

soluciones inmediatas, el pensamiento recuerda que comprender es más valioso que simplemente procesar.

En tercer lugar, “pensar a pesar del canto de las cigarras” significa también asumir la libertad de profundizar frente a la tendencia cultural a la superficialidad, ejercitar la capacidad de evaluar, discriminar y deliberar. Es un gesto ético —porque implica responder ante el otro— y político —porque abre la posibilidad del disenso y la vida democrática—. El pensamiento aparece, así, no como un lujo académico, sino como un acto ciudadano y una forma de responsabilidad pública.

Desde esta perspectiva, en el ámbito educativo, este argumento exige recuperar el desarrollo del juicio como objetivo pedagógico central. La formación filosófica —en escuelas, liceos y universidades— debe cultivar la capacidad de interpretar, argumentar y dialogar. Esto implica integrar espacios de deliberación ética, análisis crítico y discusión reflexiva, evitando que la educación se reduzca a mera capacitación técnica orientada únicamente al rendimiento o la eficiencia o a la tendencia a la memorización de contenidos. Pensar es aprender a preguntar antes que a repetir. Aprender es desear el saber, no la utilidad.

Asimismo, para la vida pública, una ciudadanía capaz de pensar críticamente fortalece la democracia. Frente a la circulación instantánea de información, la polarización y la manipulación algorítmica, el pensamiento reflexivo permite matizar opiniones, evaluar fuentes y sostener el debate democrático. Pensar no es un ejercicio privado, sino una condición para la convivencia social y para la participación responsable en la esfera pública.

Finalmente, en la relación con la técnica, este enfoque propone una cultura de uso responsable: la inteligencia artificial puede ser una herramienta poderosa siempre que no sustituya la reflexión humana. La serenidad —entendida como atención lúcida— permite beneficiarse de la técnica sin quedar subordinados a ella. De este modo, pensar se convierte en la clave para habitar un mundo tecnológico de manera verdaderamente humana, preservando la dignidad, la libertad y el sentido.

En palabras de Han (2013), “solo quien sabe demorarse puede pensar verdaderamente” (p. 29). Pensar a pesar del canto de las cigarras es pensar por sí mismo. Y ese gesto, hoy, es revolucionario.

Referencias

- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal* (C. Ribalta, Trad.). Lumen. (Obra original publicada en 1963).
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.
- Chalmers, D. J. (1996). *The conscious mind: In search of a fundamental theory*. Oxford University Press.
- Cortina, A. (2013). *¿Para qué sirve realmente la ética?* Paidós.
- Derrida, J. (1972). *La farmacia de Platón* (C. Ceretti, Trad.). Siglo XXI.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1970).
- Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Heidegger, M. (1955). *Serenidad*. Herder.
- Heidegger, M. (1994). La pregunta por la técnica. En *Conferencias y artículos*. Herder. (Obra original publicada en 1954).
- Morandín-Ahuerma, F. (2023). Conciencia e inteligencia artificial: Heidegger, Searle y Bostrom. *Stoa*, 14(28), 189–209. <https://doi.org/10.25009/st.2023.28.2765>
- Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.
- Ortega y Gasset, J. (2014). *Meditación de la técnica y otros ensayos*. Alianza Editorial.
- Pastorino, M. (2025). *Pensar en la era de las máquinas*. Taurus.
- Penrose, R. (1994). *Shadows of the mind: A search for the missing science of consciousness*. Oxford University Press.
- Platón. (1988). Fedro. En *Diálogos* (Vol. III, C. García Gual, Trad.). Gredos.
- Salina, C. (2024). *Lo que Platón tiene para decirnos sobre la Inteligencia Artificial*. CFE/DGES-ANEP.
- Searle, J. R. (1980). Minds, brains, and programs. *Behavioral and Brain Sciences*, 3(3), 417–424. <https://doi.org/10.1017/S0140525X00005756>
- Vernant, J.-P. (1992). *Los orígenes del pensamiento griego*. Fondo de Cultura Económica.